

Textos  
y  
Cosas



**Notas al hilo de la lectura:**  
***Historia de Nuestra Señora de Copacabana,***  
**del agustino Alonso Ramos Gavilán (1570-1621),**  
**edición de Hans van den Berg y Andrés Eichmann**  
**(Sucre, 2015)<sup>1</sup>**

POR  
 RAFAEL LAZCANO

Quien desee conocer la verdadera historia de la Virgen de Copacabana, su devoción y proclamar sus maravillas, tendrá que acercarse a la obra escrita por el agustino Alonso Ramos Gavilán (1570-1621), autor de la primera historia de Nuestra Señora de Copacabana. La *editio princeps* apareció en Lima, a mediados de 1621 por el impresor Jerónimo de Contreras, tras haber permanecido su autor dos años en Copacabana (1618 y 1619), tiempo en el que se vio envuelto por los milagros atribuidos a la intercesión de la Virgen venerada en aquella región. También se percató de las noticias que corrían sobre la cruz de Carabuco, núcleo indígena situado a orillas del lago Titicaca, nombre derivado de “una peña llamada así, que significa ‘peña donde anduvo el gato y dio gran resplandor’” (p. 174), y cuya etimología remite a “titi”, “gato montés” en lengua aymara, y “kaca”, peña, por lo que juntadas las dos dicciones resulta “titicaca”.

Del autor de esta obra, Ramos Gavilán, natural de San Juan de la Victoria de Huamanga (Perú), se ofrecen en la introducción las escasas noticias que conocemos de su vida, formación intelectual y quehacer pastoral. No se recoge que fue hijo natural de padres criollos (p. 18). El 11 de marzo

---

<sup>1</sup> RAMOS GAVILÁN, Alonso, *Historia del célebre Santuario de Nuestra Señora de Copacabana, y sus milagros, e invención de la Cruz de Carabuco*, ed. Hans van den Berg-Andrés Eichmann, Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia - Fundación Cultural Banco Central de Bolivia, [Sucre 2015], 580 pp., ilustr. ISBN: 978-99974-840-1-7.

de 1589 emitió la profesión religiosa en el convento San Agustín de Lima, en manos del prior Luis López de Solís (1534-1606), luego obispo de Quito y arzobispo de La Plata. Una vez que concluyó los estudios eclesiásticos en la ciudad de Trujillo, comenzó una intensa labor apostólica en el norte del Perú, sobre todo en los valles de Trujillo y Lambayeque. Hacia 1607 estuvo de predicador en las minas y en la ciudad de Castrovirreina o Choclococha (p. 218). Más tarde ejercerá de doctrinero en Umasuyos (1616), trabando amistad con el teniente del corregidor, Juan del Castillo Rengifo, quien le contó muchas tradiciones de los incas cuando era protector de indios en Chachapoyas (p. 161). Su amplia formación, estudio de la cultura precolonial y colonial, además de su marcado carácter reflexivo de la religión católica le llevaron a situarse ante la compleja realidad social, política y religiosa de aquel tiempo. En 1618 salió destinado a Santa Ana de Copacabana, población mayoritariamente arraigada en la religión incaica, en donde llegaron los agustinos el 16 de enero de 1589 para su evangelización, una vez recibida la cédula real de fecha 7 de enero de 1588 (pp. 335-336). En Copacabana se vio envuelto por los milagros atribuidos a la imagen de la Virgen allí venerada, y por cuanto se decía acerca de la cruz de Carabuco, implantada en este núcleo indígena situado a las orillas del lago Titicaca por un discípulo de Jesús (capítulos IX-XI, de la primera parte, pp. 152-169). El etnógrafo Ramos Gavilán muestra una rara habilidad a la hora de presentar de un modo eficaz la vertiente socio-religiosa de la cruz de Carabuco, la imagen de la Virgen de Copacabana y el amplio repertorio de milagros “que en tierras nuevas siempre usó Dios dellos para acreditar su doctrina y ley evangélica, y para que el pueblo crea en él, y acuda a él, fortaleciéndole en la fe” (p. 419). Una vez concluida la obra dio comienzo un largo proceso de examen hasta su aprobación definitiva, que se extendió desde el 16 de noviembre de 1620 hasta el 28 de marzo de 1621. En él intervino el dominico Luis de Bilbao, el virrey Francisco de Borja, el franciscano Miguel de Rivera, y los agustinos Pedro de la Madriz, Francisco de la Serna, Diego Pérez, y Gaspar de Villarroel (ca. 1587-1665), futuro obispo de Santiago de Chile (1637-1651), de Arequipa (1651-1659) y arzobispo de Charcas o La Plata (1659-1665).

De entrada diremos que la obra de Ramos Gavilán nos parece sumamente rica, instructiva y luminosa dada la abundante y detallada exposición con que nos instruye acerca de la realidad indígena, y también por la precisa contextualización histórica del hondo andamiaje simbólico que atesora el lugar sagrado de Copacabana desde tiempos prehispánicos. La edi-

ción se abre con tres estudios firmados por los editores, Hans van den Berg, doctor en Historia de las Religiones por la Universidad de Radboud (Nimega, Holanda), rector de la Universidad Católica Boliviana 'San Pablo' (2015-2013), co-fundador de la Academia Boliviana de Historia Eclesiástica y autor de numerosas obras de investigación ("Introducción", pp. 17-64), y Andrés Eichmann, doctor en Filología Hispánica por la Universidad de Navarra, profesor de Literatura en varias universidades de España, Francia y Bolivia, presidente de la Sociedad Boliviana de Historia y de la Sociedad Boliviana de Estudios Clásicos, además de autor de importantes obras y estudios literarios ("Paratextos poéticos en la *Historia* de Alonso Gavilán, pp. 65-80; estudio publicado también en la revista *Historia y Cultura* 38-39 (2015) 49-72), es quien también firma los criterios seguidos en la preparación de la edición (pp. 81-90). El primero de los trabajos introductorios nos parece esencial para adentrarse luego en la obra, pues se ofrecen los esenciales conocimientos geográficos, culturales y religiosos de la región andina donde se ubica la historia elaborada por Ramos Gavilán sobre la Virgen de Copacabana y la invención de la cruz de Carabuco.

La obra consta de tres libros o partes. La primera de ellas trata sobre la presencia de los incas en la zona geográfica de Copacabana y de las islas del lago Titicaca en tiempos del inca Topa Yupanqui (1471-1493), así como sus creencias, tradiciones y cultos paganos. El capítulo xxiv (pp. 226-234) está dedicado al calendario festivo incaica. Ramos Gavilán ofrece una abundantísima información de primera mano sobre las huellas de la prehistoria andina, la cultura y la religión indígena. También se hace eco de una antigua tradición acerca del discípulo de Jesús que llegó a Carabuco para dejar en él una cruz, signo de la primera evangelización de los Andes, al tiempo que vincula o relaciona a la Virgen de Copacabana con el santo discípulo misionero y la cruz. Una vez encontrado el santo madero, en las proximidades del lago Titicaca (p. 154), comenzó a ser objeto de devoción, si bien con el paso de los años ésta se debilitó tanto que no se distinguía de las demás cruces, hasta que hacia 1590 la leyenda del discípulo y la cruz de Carabuco alcanzó tanta resonancia que fue declarada santa y milagrosa por el obispo de Charcas en la visita que cursó a Carabuco en la segunda mitad de la citada década (p. 156). Este hecho dio lugar a la construcción de una iglesia, inaugurada el 3 de mayo de 1599 con la colocación de la Cruz de Carabuco, que Ramos Gavilán combinó con la Virgen de Copacabana. Se concluye la primera parte de la obra con una canción popular compuesta por un devoto de Copacabana (pp. 270-273).

El segundo libro de la *Historia del Célebre Santuario de Nuestra Señora de Copacabana y sus Milagros, e Invención de la Cruz de Carabuco*, título completo de la obra, está dedicado mayormente a la historia del santuario de Copacabana, la entrada de los agustinos en Copacabana, los milagros y maravillas –curaciones, conversiones, resucitaciones, desastres naturales (sequías, heladas), epidemias, accidentes, problemas matrimoniales, etc. hasta un total de ciento treinta y cuatro (134) milagros– atribuidos a la Virgen desde la entronización de su imagen el 2 de febrero de 1583, obra del entallador indígena Francisco Tito Yupanqui (1550-1616), labor escultórica tan delicada como compleja, y cuyo desarrollo viene presentado con acierto por el P. Hans van den Berg, a modo de *via crucis* con ocho estaciones (pp. 40-48). El artista indígena, hombre de fe, confianza sólida y experimentada fortaleza, tras superar los contratiempos y las circunstancias adversas, consiguió una imagen de la Madre de Dios en cuyo semblante, encendido de amor, vida y consuelo, están reflejados los sentimientos que María tiene para con las preocupaciones, sufrimientos, angustias, gozos y alegrías experimentadas por sus devotos (p. 464). En unos pocos años, tal y como muestra Ramos Gavilán, la imagen de la Virgen de Copacabana formó un vasto movimiento social y religioso desde el cual se fue generando confianza y esperanza entre la población indígena, siendo oportuno la construcción de una nueva capilla para Nuestra Señora, la “capilla mayor”, inaugurada el 6 de abril de 1614 (p. 460). La devoción a la Virgen de Copacabana pronto se extendió en lo geográfico (Chile, Panamá, México y España) como en el espectro social: indios, negros, mestizos, criollos, españoles, portugueses, campesinos, mineros, comerciantes, militares, amas de casa, hacendados, religiosos y obispos.

La tercera parte de la obra de Ramos Gavilán ofrece a los peregrinos y devotos de la Virgen de Copacabana “una instrucción” para encomendarse a ella durante nueve días –novena–, basada en los nueve momentos de la vida de la madre de Jesús: 1) el misterio de la Purísima Concepción; 2) la Natividad de la Virgen; 3) la Presentación de la Virgen en el templo; 4) la Anunciación; 5) la Visitación de María a su prima Isabel; 6) la Expectación del parto; 7) el Nacimiento del Hijo de Dios; 8) la Purificación de la Virgen; y 9) la Asunción. Cada día de la novena consta de tres partes: reflexión, puntos para la oración y plegaria (pp. 471-513).

Los editores de la presente *Historia del Célebre Santuario de Nuestra Señora de Copacabana y sus milagros, e invención de la Cruz de Carabuco*, el agustino Hans van den Berg y el profesor Andrés Eichmann, han esta-

blecido una serie de criterios de edición adoptados por la mayoría de editores de obras histórico-devocionales de nuestro tiempo, tales como la fidelidad a las formas lingüísticas de la época del siglo XVI, la eliminación de aquellos aspectos gráficos irrelevantes que bien pudieran calificarse de ‘basura textual’, (p. 81), el desarrollo de las abreviaturas, la modernización de la puntuación, la acentuación y la corrección de las erratas presentes en la edición de 1621, así como la sustitución de las citas latinas en el cuerpo del texto por la traducción española, llevando el texto original latino a pie de página (pp. 84-86). De este modo los editores optan por seguir una vía intermedia entre las dos ediciones completas del siglo XX, la de 1976, caracterizada por su “modernización indiscriminada” y la edición de 1988, tachada de “conservadurismo innecesario” (pp. 81-82). Las notas a pie de página de la obra de Ramos Gavilán ascienden a 1424, cifra nada despreciable para una obra como la presente, cuyo contenido nos parece oportuno, preciso y sabio, convirtiéndose en una extraordinaria herramienta para la comprensión del contenido de la historia de la Virgen de Copacabana.

Tres secciones o apartados cierran y completan la presente edición de la obra de Ramos Gavilán: la sección de Mapas (dos, pp. 521-522), la Bibliografía (pp. 523-548), y los índices: De lugares bíblicos (pp. 551-557), de autores citados por Ramos Gavilán (pp. 558-566); de nombres (pp. 568-572), de topónimos (pp. 573-578), de tecnicismos (pp. 578-580). Algunas observaciones a tener presente para la próxima edición. Se lee en la página 567: “Nombres. Las entradas sólo indican las ocurrencias [*sic*] a partir del primer libro”. Éste comienza en páginas 113, sin numerar. De acuerdo con el criterio establecido, el índice de nombres comprende desde la 113 hasta la 513, última página de la obra de Ramos Gavilán. De este modo han quedado excluidos o fuera del índice de nombres las primeras 112 páginas, además de los pocos nombres que aparecen en las páginas de versos dedicados al autor por el franciscano Jerónimo Serrano y un religioso de la Compañía de Jesús (pp. 514-518), objeto principal de estudio por parte de Andrés Eichmann en el trabajo arriba citado: “Paratextos poéticos...”. En la siguiente edición sería conveniente la inclusión de estas páginas en el índice de nombres. Segunda observación. El criterio establecido para la formación del índice de nombres, discutible desde mi punto de vista, no se observa fielmente. Así, por ejemplo, el nombre de Diego Pérez remite a las páginas 21, 31, 66, 89, 110, si bien esta parte de la edición había sido excluida en aplicación del criterio metodológico establecido previamente. El nombre de Pedro Damiano citado en las páginas 265 y 266 no figura en el índice de nombres.

Las referencias recogidas para San Juan de Sahagún se deben completar con otras nuevas: 182, 184, 185, 187 y 188. No consta en el índice el nombre de la Virgen María, ni tampoco el de sus variadas advocaciones marianas; tampoco las voces Nabucodonosor (p. 418), Elías, profeta (p. 307), Paulo Vidnerio (p. 157), etc.

El índice de nombres resulta, por lo tanto, notablemente mejorable, incluso en otro aspecto de importancia, y que señalo a continuación con el fin de evitar posibles equívocos. Desde 1994, fecha del x Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, la combinación de las dos letras “ch” y “ll”, no se alfabetizan aparte porque no se consideran letras sino dígrafos, es decir, conjunto de dos letras. En consecuencia, los dígrafos “ch” y “ll” se alfabetizan en los lugares que les corresponden dentro de la “c” y de la “l”, respectivamente. Esta observación debería observarse en la próxima edición de la *Historia del Célebre Santuario de Nuestra Señora de Copacabana y sus Milagros, e Invención de la Cruz de Carabuco*, dando lugar a la modificación de los índices de nombres: (p. 569, “Ch”), de topónimos (p. 574, “Ch”, y pp. 575-576, “Ll”), y de tecnicismos (p. 578, “Ch”; y p. 579, “Ll”). También en la siguiente edición sería deseable que las referencias bíblicas a los cuatro libros de los Reyes fueran modificadas por la sencilla razón de que se ha dejado de usar la Vulgata, y porque a más de un lector, incluso con cierta formación, le resulte extraño encontrarse con la referencias bíblica “4 Re 6, 1-7” (nota 347, p. 137), “3 Re 18, 26-28” (nota 356, p. 138); “3 Re 18, 42” (nota 392, p. 147); “3 Re 17, 1” (nota 450, p. 164); etc. La acertada explicación a este respecto que se ofrece en la nota 733 (p. 277) debería haberse colocado en la presentación de los criterios de edición. Quizá no fuese desacertada la inclusión en la siguiente edición de un índice temático, puesto que siempre se agradece la localización precisa y puntual de conceptos que figuran en esta importante obra de historia cultural americana del siglo xvii. Avanzo algunos posibles términos: medicina natural, genealogía de los incas, mitos, ídolos, dioses, sacrificios humanos, magos, brujos, hechiceros, vírgenes, ritos y ceremonias matrimoniales, juegos, fiestas, bailes, gastronomía, castigos, enfermedades, ritos funerarios, cementerios, templos, costumbres, modos de vida, supersticiones, vestuario, ayunos, iconografía, cofradías, milagros, y todos títulos marianos empleados por el autor, que superan la treintena según mi particular apunte, aspecto éste que daría para un interesante estudio monográfico.

Con respecto a la sección “Bibliografía” se me ocurren algunas apreciaciones. Considero desacertada la señalización en latín y en español de un

mismo autor; aquél para las obras en castellano y éste para las latinas. Dicho desglose lleva a situar a un mismo autor en páginas diferentes, situación anómala en cualquier elenco bibliográfico realizado con método, precisión y claridad. Un solo ejemplo: “Agustín, Aurelio” (pp. 523-524) y “Augustinus, Aurelius” (p. 526). En la página 532 figura inexplicablemente la entrada bibliográfica: “ESPASA. *Novísimo diccionario de la lengua castellana con la correspondencia catalana*, Barcelona, Espasa hermanos, editores, 1867”. Esta obra no es el “ESPASA” que conocen los lectores y estudiosos familiarizados con la *Enciclopedia Universal ESPASA*. En efecto, la voz ESPASA hace referencia en exclusiva a la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, editada por la Editorial Espasa, fundada en 1860 por José Espasa (Barcelona-Madrid 1908-1930), en 70 tomos y 72 volúmenes –tomo 18 y el 28 ocupan dos volúmenes denominados primera parte y segunda parte–; desde 1926 (tomo 51) aparece publicada por la Editorial Espasa-Calpe, tras fusionarse aquella con la Editorial Calpe, de Madrid; y que cuenta con diez tomos de *Apéndice* (1930-1933), y suplementos periódicos desde el año 1935 a esta parte. Y, finalmente, se echan en falta algunas referencias bibliográficas importantes, si bien sólo voy a señalar dos como botón de muestra: COSTILLA, Julia, “El milagro en la construcción del culto a Nuestra Señora de Copacabana (virreinato del Perú, 1582-1651)”, en *Estudios Atacameños* 39 (2010) 35-56; y RAMOS, Gabriela, “Nuestra Señora de Copacabana ¿devoción india o intermediaria cultural?”, en O’PHELAN GODOY, Scarlett-SALAZAR-SOLER, Carmen, (eds.), *Passeurs, mediadores culturales y agentes de la primera evangelización en el mundo ibérico, siglos XVI-XIX*. [Actas del] Congreso Internacional Las Cuatro Partes del Mundo, Pontificia Universidad Católica del Perú-Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima 2005, 163-179.

Las erratas y equivocaciones que he encontrado en la lectura de la obra, aunque insignificantes y de pequeña importancia, se deberían corregir en la siguiente edición. Veamos las tres más llamativas: Dice “la edición completa de 1606” (p. [15], último párrafo), pero debe decir “1621”; del trabajo de Espinosa, “Alonso Ramos Gavilán...”, publicado en la revista *Historia y Cultura*, volumen 6, se dice que apareció en “1973” (nota 8 de la página 18), pero el año de publicación fue 1972; en la página 82, línea 13 se lee: “la maquetación reproduce la del año 1612”, y debe decir 1621.

La edición en su conjunto, incluidas las eruditas notas a pie de página, nos parece que está bien llevada a cabo, resultado de un esmerado, intenso y prolongado trabajo por parte de los editores, especialmente de Hans van

den Berg, como se reconoce en la presentación de la edición (p. 86). El trato con los autores clásicos latinos, además de continuo, resulta extraordinariamente preciso y oportuno, característica y sello de distinción que se observa desde un primer instante, siendo muy meritoria la labor realizada en la localización de las expresiones de autores de la antigüedad que salpican de continuo el texto de Ramos Gavilán. No obstante, como el mismo editor reconoce, todavía quedan por localizar algunas citas -autores y obras- aludidas de modo impreciso por Ramos Gavilán, siendo necesaria la ayuda y colaboración de especialistas en la edad patristica y la época medieval para completar trece referencias, y que a continuación señalamos con la esperanza puesta en la ayuda que pueden prestar los estudiosos: nota 840, p. 311; nota 860, p. 316; nota 866, p. 318; nota 872, p. 318; nota 957, p. 348; notas 1011 y 1013, p. 363; nota 1091, p. 383; nota 1139, p. 401; nota 1354, p. 485; nota 1378, p. 500; nota 1383, p. 502; nota 1389, p. 503.

En la presentación, firmada por el director del Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, Juan Carlos Fernández, se dice que de la edición príncipe (Lima 1621) se conservan “tres ejemplares” en Bolivia (p. [15]), y dos en Europa. Nosotros, sin embargo, hemos localizado cuatro copias de la citada *editio princeps* solamente en bibliotecas europeas. Dos en España: Biblioteca de la Universidad de Sevilla, y Biblioteca de Montserrat (Barcelona); una en Francia: Bibliothèque Mazarine, de París; y una cuarta edición en el Reino Unido, British Library, de Londres. Todavía resulta probable que aparezcan otros ejemplares de la edición de 1621 en bibliotecas privadas de Europa.

Una de las múltiples lecciones que ofrece la *Historia de Nuestra Señora de Copacabana*, ahora editada sabiamente por Hans van den Berg y Andrés Eichmann para los lectores y estudiosos del siglo XXI, es la importancia que juega en la sociedad andina la Virgen de Copacabana en cuanto mediadora cultural. Ella ensambló diferentes círculos socio-culturales indígenas, al tiempo que iba arraigando en el pueblo una singular devoción mariana, con el consiguiente acercamiento a la religión cristiana, la extirpación de la idolatría y los “cultos” demoníacos. Una nueva realidad social e institucional comenzó a formarse a raíz de la llegada de la imagen de la Virgen a Copacabana y la devoción indígena que Nuestra Señora suscita entre los distintos sectores de la sociedad colonial, atraídos por la intervención del milagroso icono de Copacabana.